

Relecturas

Caes desde la alta torre de tu vida por un mal tropiezo madrileño;

nadie se para a ayudarte.

No te das cuenta salvo cuando te pregunto:

¿papá, cómo?

Tienes la nariz torcida y sorda,

bebes melancolía a sorbos,

y, en tu cuerpo dolorido,

sientes de pronto los muchos años que eres.

No me doy cuenta.

El silencio digital de los relojes marca dos y media,

dos y media que serán siempre a su misma hora.

Acabo de llegar al restaurante.

Tú contemplas mi llegada, ido.

Y, eligiendo el menú,

primero, recuerdos;

segundo, tiempo al paso;

— de beber, tinto—;

en un misterio y sin contexto, dices:

“Mi tía Julia decía que somos los longevos”.

Madrid nada dice: no le importa.

Yo: jamás he oído hablar de tal tía.

Después, cambias de tema, y conversamos y reímos

y comemos y bebemos como hacen los buenos vivos.

Pero... ¿y ahora?

Diría distinguir en tu susurro y en tu futura ausencia,
el miedo fugaz a la muerte,
es decir, el miedo de aquella especie que, tan pronto vuelve,
tan pronto el esfuerzo olvida...
Quizás no merezca la pena darse al recuerdo temprano.